Mas ¡ay! que al temerario
as Musas por burlarle,
al mexicano circo
lo llevan á sentarse.
Allí abortó estos versos
de estilo detestable,
que el Pegaso de bronce
solo pudo inspirarle.

ANACREONTICAS.

LA INDITA SUCHIL.

I.

INTENTO.

Si con trompa sonora
cantó el divino Homero
las gloriosas hazañas
de valientes guerreros:
Si del amor y el vino
los sensibles efectos
celebra en sus cantares
el lirico de Theos:
Si Ovidio triste llora
con lastimeros ecos,
de un destierro penoso
los tormentos acerbos:
Y si Arriaza y Melendez
con estilo soberbio,
de sus Filis y Silvias
nos cuentan tantos cuentos;
Yo, con mi pobre lira
celebrar tambien quiero
á la graciosa Súchil,
de Anáhuac el portento.

II.

COSTUMBRE.

Por la undosa corriente
de aquella acequia clara
camina presurosa
una ligera barca:
Ya veloz atraviesa
las floridas chinampas;
ya dirige su curso
acia la verde playa.
Con guirnaldas de rosas
la popa coronada,
lleva en triunfo á una niña
de hermosura estremada.
En pliegues bien dispuestos
la túnica azulada
ciñe bajo sus pechos
una faja encarnada.
De los hombros pendiente
sobre el seno y espalda
baja otra tunicéla
mas que la nieve blanca.
Al lado de las sienes
dos trenzas enlazadas,
de su negro cabello
mas la belleza realzan.
Con ligereza suma
sus manos agraciadas

mueven el leve remo
por encima del agua.
Absorto te contemplo,
deidad Americana:
¿serás de las Nereidas,
ó hija de Venus alma?
Te engañas, estrangero,
yo soy Súchil la Indiana,
que á recoger verdura
vine de madrugada.

III.

COMPARACION.

En vano ostentar quieres,
Hispana presumida,
de tu rizado pelo
las doradas sortijas.
En vano tu blancura
con el marfil compita
y tus azules ojos
al cielo den envidia;
Si todas estas gracias
que los bobos admiran,
nada son en presencia
de mi preciosa Indita.
Cuando la bella Súchil
sus negros ojos vibra,
no hay alma que no arrastre,
no hay pecho que no rinda.

Las rosas sobresalen
en su tez morenita,
como en el verde prado
la roja clavellina.
Si la piel de su rostro
es tan tersa y tan limpia,
la de su blanda mano
en estremo es pulida.
Mas si á su talle atiendes
en la danza festiva,
si de su pie gracioso
los movimientos miras;
Debes avergonzarte,
Hispana presumida,
y ya no hacer alarde
de unas galas postizas.

IV.

BAÑO.

Paseabame distraido
no lejos de una fuente,
y observo entre los juncos
un bulto que se mueve.
Acércome curioso,
por mas de cerca verle,
y á Súchil recostada
hallo en su márgen verde.
Su rosada manita
flores vistosas prende

con elegancia suma
sobre el albo Quisquémel.
Despues el lácio pelo,
que aun mojado se advierte,
con una cinta roja
ata sobre la frente.
Embebido en sus gracias,
que atónito me tienen,
las ramas que pisaba
hacen un ruido leve,
Entonces asustada
á aquel parage vuelve
dos ojos que de Febo
los rayos oscurecen.
Descúbreme, se para,
y ofendida de verme
en su idioma espresivo
mi audacia asi reprende:
„Dime, osado estrangero,
dime ¿como te atreves
á turbar de mi baño
los sencillos placeres?
¿A Súchil no conoces,
la que en estos vergeles
recibe el homenage
de mil inditos fieles?
Huye, huye y con tu vista
no profanes aleve,
un sitio en que prescribe
el pudor duras leyes.”

Retiréme turbado,
mas en la tersa fuente,
parece que estampada
miro su imagen siempre.

V.

LUNARES.

Miró Venus desierto
su santuario de Gnido,
sin ofrenda sus aras,
su altar sin sacrificio.
Esclama cuidadosa,
¿por qué tan abatido
hoy se mira mi culto,
mi imperio y señorio?
Al oir sus tristes quejas,
de lo alto del Olimpo
desciende á consolarla
el dulce Cupidillo.
„No esperes, madre mia,
la dice el tierno niño,
ya mas adoraciones
de los hombres indignos;
Pues que una rapazuela
de ojos negros y vivos
quiere de la belleza
usurparte el dominio.
Mas no temas, Citéres,
que ya un medio imagino

con que hacerles odioso
ese nuevo idolillo."
Deja al punto las flechas,
deja el arco encogido,
y acia el Cócito negro
dá un ligero volido.
Un pincel que en sus manos
esconde el fiero niño
en las ondas fervientes,
empapa vengativo.
Vá luego con mi Súchil
y en su rostro divino
esprimir intentaba
el licor corrosivo.
¡Dioses, que su despecho
tal vez habeis temido,
vosotros apiadados
supisteis impedirlo!
Aunque tranquila duerme,
al continuo batido
con que agitó sus alas
el suave cefirillo;
Dispierta, y de sus ojos
lanza un rayo tan vivo
que dió al punto en la arena
con el osado niño.
¡Amor! ¡que es de tu fuerza
y tu poder altivo
que solo una mirada
de Súchil te ha vencido?

¿Y no ves que esas gotas
que tu pincel maldito
salpicó en su megilla,
le dan mas atractivo!
¡Oh lunares graciosos,
sereis eternos signos
de que triunfó mi Indita
de Venus y Cupido!

VI.

MIRAR.

¡Cuan turbado mi pecho,
bella Súchil, se inqueta,
anhela ver tus ojos
y teme su presencia!
¿Por qué? porque sus luces,
que el corazon recrean,
lo traspasan y punzan,
cual penetrantes flechas.
¡Que mirar, oh cielos!
una tan clara estrella,
en su diafano alcázar
la fé mia no cuentan.
¡Que mirar! ¡ay! tus ojos
dos Cupidos semejan,
que ya traviesos saltan,
que ya festivos juegan.
¡Que mirar: la dulzura
de las mieles hibléas

no será comparable
cuando amorosa veas.
Pero tú, siempre airada
contra mi, cual centellas
con que irritado Jove
el alto Olimpo atruena....
Cuando vibras sus luces
acia el pecho, lo aterras:
si anhela ver tus ojos,
mas teme su presencia.

VII.

MUSICA.

Dime, agraciada niña,
¿quien agita tus dedos
que en esa bandolina
asi corren ligeros?
Ya en suaves inflecsiones
del oromático tierno
parece que remedas
de amor el dulce acento.
Ya en disónes sensibles
de un harpegio violento
pintas los arrebatos
de la ira ó de los celos.
Ya un bajo dominante
las voces sosteniendo
semeja bien tus ojos
cuando miran severos.

No, Súchil, no tan varios
sones entretejiendo
dispiertes las pasiones
que duermen en mi pecho.
Con pausadas cadencias
y melodiosos ecos
prolonga compasiva
su saludable sueño.

VIII.

MISTERIO.

Adornaba de Súchil
la pajiza cabaña
con su verdor constante
una frondosa palma.
Otra palma no lejos
su copa descollaba
sobre enanos arbustos
con magestad y gracia.
Parece que el imperio
alli se disputáran;
mas la una solo flores,
dátiles la otra daba.
Cuando el viento mecia
suavemente sus ramas
un polvo sutil de oro
las flores arrojaban,
Y los tiernos ovarios
chupando la sustancia

en frutos convertidos
al instante brotaban.
Pero si el cierzo frio
en direccion contraria
soplando, no permite
gocen la vital aura;
El germen tierno entonces
sin crecer abortaba,
y los dátiles dulces
no comia ya mi amada.
Súchil que no comprende
aquel misterio, esclama:
luego vivir no puede
sin aquella, esta planta.
¡Ah bella! yo tu tema
de este modo glosara:
¡luego sin mi no puedes
tu vivir solitaria!

IX.

VOTO.

Ya la placida luna
mis pasos encamina
á la amable morada
de Súchil, de mi Indita.
Los risueños amores
para el baile me incitan
dó alegre entre mil juegos
toque su mano linda.

¡Oh Venus, si me dieses
entre chanzas festivas
probar el nectar dulce
de su rubia boquilla;
En holocausto puro
mi amor te ofreceria
del amor un emblema:
dos tiernas tortolitas!

X.

REGALO.

Nevada Canarita,
no mas tus tristes quejas
repitas importuna
en esa jaula estrecha.
No mas, simple, suspires
por la florida selva,
ni vaguen tus arrullos
en su anchurosa esfera.
¡Qué la sensible Súchil
quiere tambien sus penas
calmar con tu armonía!
vuela á su falda, vuela.
Vé y los flébiles ecos
torna en dulces cadencias:
los quiebros del sollozo
en trinos se conviertan.
¿Es amor quien te inflama?
si es amor, ¡ay! espera;

escuchame, avecilla,
suspende tus endechas.
Que á ella misma ese fuego
hechicero la quema,
y cual tu amado, no oye
el suyo sus querellas.
Cual tú, suspirar sabe
y á sus solas discreta
gemir.... Aun mas: te envidia
tu suerte lastimera.
¿Porqué? porque ella sabe
que en la naturaleza
ser inferior y libre
solo es una quimera.
A Dios, anda avecilla,
vé con mi Indita bella;
á Dios, á Dios: su pecho
palpitante serena.
Asi venga tu amado
y en la alambrada reja
dete de su ternura
mil cariñosas pruebas.

XI.

OTRA.

Avecilla dichosa
que sin batir tus alas,
en las del fiel deseo
caminas á mi amada.

¡Ay! dila como peno,
cuanto la ausencia amarga
emponzoña mis dichas,
mis dulces esperanzas.
Si por la amena selva
no dejases ingrata,
la ruta que te enseñan
mis amorosas ansias;
Mi mano presurosa
de la dorada jaula
te sacára, y al seno
de alabastro voláras.
Allí de tropel vieras
mil suspiros, las armas
que en la lid amoros
un triste esclavo empleára.
Allí tu reposando
entre dos elevadas
pomas que Otoño brinda
y olor divino ecsalan;
Me dijeras: su pecho
palpita: siente su alma
de un penoso destierro
la precision tirana!
Pero ella, ¡oh cruel! se rie
y en la fresca mañana
con el alba amanece
y sus luces opaca.
El prado vierte perlas
al sentir sus pisadas,

y las flores corridas
se ocultan al mirarla.
Tu amado, que en el bosque
al cielo saludaba,
y con trinos sonoros
al amor te brindaba;
Suspende sus canciones
y atraido de sus gracias,
de su divino acento
reposa ya en su falda.
Mas ¿por qué tu, avecilla
sabiendolo, no rabias
de celos? ¡Ah, no sientes
su tormenta inhumana!
Yo sí, yo si le envidio
tan feliz suerte; clama,
y del regazo dulce
á tu amado arrebata.
¡Como el amor delira,
oh Súchil adorada,
recibe por recuerdo
esa avecilla incauta!
Como á ella prisionero
me tienes, ¡mas que grata
prision á mi alvedrio
tus ojos celestiales no preparan!

XII.

VICTORIA.

Tres veces del Zodiaco
las casillas visita
el luminoso Febo,
dando á los mundos vida:
Sin que mi amor constante
premiara compasiva
con un afecto mutuo
mi idolatrada Indita.
Ostentando sus dones
primavera florida,
una apacible tarde
con alegre sonriza:
Súchil, depuesto el ceño
mas que nunca festiva,
por la verde floresta
á pasear me convida.
Apoyada en mi brazo
su graciosa manita,
tranquilos caminamos
por la cañada umbria
Alli sus claras aguas
con murmullo desliza
entre leves guijarros
la fuente cristalina.
Sus márgenes coronan
asfodelos y lilas,

la fragante mosqueta
la magestuosa tilia.
Del sitio la belleza
á parar nos incita
y ambos nos reclinamos
sobre la fresca orilla.
Ya el fuego tumultuoso
que en mis venas corria
se ecsala, y á sus plantas
amor me precipita.
Alli ruego, y mis ruegos
ya no mueven su risa:
escuchame turbada,
rindese al fin la niña.
Mis lágrimas la ablandan,
no quiere ser ya esquiva:
ya permite á mis labios
tocar su mano linda.
Mi pasion corresponde
con amantes caricias,
quiere llamarme suyo,
quiere llamarse mia....
¡Oh cielo; tu que fuiste
testigo de mis dichas;
dime, ¿en aquel momento
no me tuviste envidia?

XIII.

SORTIJA.

Una placida noche,
en juegos como niños,
pensaba yo robarle
á Súchi un anillito.
Pero ella juguetona
apretaba el dedillo,
ó al sacarle en mil partes
me lo hace perdedizo.
O bien de la cabeza
bajo su pelo lizo
una falaz peineta
lo tenia escondido;
O bien dentro los pliegues
del túnico sencillo
que escudriñarlos todos
no me era permitido;
O al fin, entre las pomas
del seno ¡que martirio!
á mi vista ocultaba
Súchi cruel su anillito.
Cruel sí, por que tocando
la piel al punto mismo
la joya electrizada
lanzaba rayos vivos.
Mas ella simulada
me dice: „Oquixti mio

toma de mis amores
en prendas este anillo."
Tómole; y en mi dedo
al colocarlo activo,
me abraso....Súchil ríe
al ver del talisman el cierto hechizo.

XIV.

PULQUE.

Dame, Sùchi, el cagete
lleno de pulque suave
con que la sed ardiente
por un momento aplaque.
Dame el licor sabroso,
de gusto incomparable
que á los indios tributa
el mexicano Agáve.
Y para que su fuerza
mi cabeza no ataque,
aplicalo á mis sienes
que es remedio constante.
Y en tanto que reposo
bajo esta palma amable,
con flores olorosas
ven, ven á coronarme.

XV.

BESO.

Contemplando de Súchil
las gracias, sus ojuelos,
agitabase el alma
de un penoso deseo.
Mas ni en las claras luces
con que me vian tiernos:
ni en la rosada cutis
del trigueñito seno:
Ni en los suaves contornos
del magestuoso cuerpo:
ni en la marcha graciosa
del pie breve y ligero;
Ni al fin, en cuanto brinda
de amable el secso bello,
satisfacer podia
mi importuno deseo.
Quiso amor cerca de ella,
como niño y travieso,
soltar una abejilla
que tomó en el Hibléo.
Y aquel insécto osado
de dulce miel sediento
va á estraerle de sus labios,
ser claveles creyendo
La Indita, al cruel piquete,
„Oquixti, dice, muero:

chupame, ¡ay! con tu boca
este mortal veneno."
Acercome....mas dioses!
chupo....pero ¡almo cielo!
¡Que deleite!....ambrosia
fué para mi su beso.
El tósigo conviertes
Súchil, en alimento,
que el solo satisface
á mi inmortal deseo.

ODAS.

I.

BACANAL.

Ya no cantes, mi Musa,
de Venus las zozobras,
ni de Amor las promesas,
que vanidad son todas.
No cantes del guerrero
las armas vencedoras,
sus combates, sus proëzas,
que vanidad son todas.
Ni con pluma ligera
y doradas lisonjas
adules á los grandes,
que vanidad es tosca.
Mucho menos me cantes
de la avaricia sórdida
las astucias, los miedos,
la vanidad mas loca.
Cantar el entusiasmo
que en nuestros rostros sopla
el hijo de Seméle,
no es vanidad, es gloria.
¡Oh Baco lisongero,
que en los sentidos logras

infundir tal deleite
cual vanidad nunca obra!
Inflama el tibio pecho,
para entonar tus honras,
Y haz, dulce Dios, que salgan
sin vanidad mis odas.

II.

RETRATO.

Imagen adorada
de mi sensible dueño
recibe en homenage
mi primer pensamiento.
Al despuntar la Aurora
repite así Fileno
contemplando el retrato
de su adorado dueño.

III.

DE UN PAPEL.

Esta carta espresiva
que Dorila me pone,
gloria del Michoacan,
y la obra de los Dioses;
Encierra los secretos
de mis dulces amores,

y en verdad será impio,
aquel que leerlos ose.
¿Que sello le pusiera?
porque los viles hombres
el acero y la cera,
si les conviene, rompen.
Comermela quisiera....
si; mi pecho de bronce
conserve los secretos
de la obra de los Dioses.

IV.

APOSTROFE A UNA ALONDRA.

Pajarito constante,
¿por qué al sonreir el alba
dejando en triste nido
tu esposa abandonada
A merced de los buitres,
á merced de sus ansias,
vienes á recordarme
que para amar tengo alma?
Lo sé bien, avecilla,
y al oir esa campana
á compás con tus silvos
saludar la mañana,
Mi memoria, ¡que dichas!
que penas inhumana!
me acuerda ¡ay! diciendo:
„¿tienes para amar alma?

V.

A UNA PERRITA.

¿Quien te impuso ese nombre,
fortunada *Fortuna*,
que de Dori en la falda
me robas sus caricias importuna?
Ya en el seno, que nieve
es siempre á mi fe pura,
amorosa te ofrece
un saludable abrigo su ternura.
Ya en sus labios sabrosos
que á las rosas ofuscan
los tuyos se sacian,
ni ya las aguas cristalinas buscan.
Ya á esos ojos brillantes
que á su mirar emulan
seductores los llama:
¿asi, bella Perrita, asi te adulan?
Yo en tanto ¡hay! triste peno,
no encuentro paz ninguna,
y tu, Dori a ingrata,
¿preferirasme siempre la Fortuna?

VI.

A LA MISMA.

Sabia naturaleza
te hizo, Perrita, muda,
tú que mis dulces ansias
presencias importuna.
Tú, cuando imploro á Venus
sola mi voz escuchas,
las quejas salen libres,
el pudor no me turba,
Tù cuando á mis umbrales
llega mi bien, me anuncias
con señas espresivas
de tu fe leal y pura.
Tú á par que él en mis brazos
gratos placeres buscas,
y encuentro en mi regazo
al Amor y *Fortuna.*
Tú los amantes besos
de su boca me usurpas,
y tú tambien envidias
¿no es verdad, mis dulzuras?
Al fin de mi *secreto*
eres guarda segura:
¡ah Perrita, si hablaras!
imitala infiel pluma.

VII.

IMITACION DE ARRIAZA.

Pobre libertad mia
á una ingrata muger sacrificada,
huye su tirania
si ya no quieres verte cautivada,
y á su carro por siempre encadenada.
Tú que sin ver sus ojos
cruel guerra declaraste á la belleza,
llevando por despojos
de pechos femeniles la terneza,
que entonces ¡ay! mirabas con fiereza;
Veste ahora combatida
de una viva pasion sin esperanza.
ves que á mi triste vida
amenaza de amor cruda venganza,
y no esperes, no, prospera mudanza.
Cuando, necia, pensabas
que endulzase la dura esclavitud,
gozosa te mostrabas
de haber perdido en ella tu quietud,
tu contento, tu gloria, tu virtud.
Mas ahora que tus penas
acrecienta su pecho fementido,
las pesadas cadenas
ya sostener, como antes, no has podido
que al suelo el débil cuello han abatido.

No hay, pues, otro remedio
sino huir del influjo de su vista
y poner tierra en medio:
que en la memoria Celia nunca ecsista,
y que la ausencia á la pasion resista!

VIII.

IMPROVISADA SOBRE LA CASA PATERNA.

De hambrientos gavilanes perseguido,
robada la consorte, hollado el lecho,
dispuesto á abandonar el caro nido,
un triste tortolillo con despecho
tal queja repetia:
Morada del placer, morada mia,
tú los opimos frutos del deseo
los viste sazonar por Himeneo,
y ahora abandonada
por estrangeras aves habitada;
si entonces del Amor y la ternura
el templo fuiste, ya estás de la usura
convertida en caverna tenebrosa.
¡Ay, y cuan lastimera
es tu suerte! En la noche deliciosa,
que á mi amada trajera
á habitar en tu plácido recinto,
al desatar amor el casto cinto,
premio de mis ardores,
¿pensé nunca que Buitres destructores

mi dulce tortolilla arrebataran
y en llanto eterno, viudo me dejaran?
Infames seductores,
serpientes venenosas que profanan
los jardines de Eden!....Y tú, mi nido,
á Dios....las fuentes de mis ojos manan!
Las entrañas, el pecho conmovido
te dejo¡..á Dios mi nido..enhorabuena
gocen en tí otras Aves
la paz, reposo, los deleites suaves
que fortuna me envidia....No enagena
al triste, al infeliz abandonado
ese tu nuevo estado...."—
Asi esclama, y con vuelo presuroso
la muerto, á su dolor, de placer llena,
la muerte busca dentro el bosque umbroso.

IX.

EN UN VIAGE HECHO EN 1820.

De nuevo ¡ó Pátria! con rencor el hado
me arroja de tus muros:
mas que la muerte duros
decretos del honor asi lo ordenan,
asi me apartan de mi suelo amado.
Sin cesar ¡ay! resuenan
fatales voces en mis tristes oidos
de infamia, ingratitud, negra perfidia

y sensibles gemidos
á el alma arrancan, que impotente lidia
con la pasion mas cruel: ni la esperanza
de un *porvenir* alienta mi confianza.
La Pátria me es contraria, en su recinto
serpientes venenosas abrigando,
huir es preciso su letal mordida.
¡Amor, y que distinto
el tiempo fuera de mi gloria, cuando
la sien por ti ceñida
de mirto suave ó de fragante rosa,
Amistad cariñosa
su mano me tendia,
que en la precaria suerte
mi débil ecsistencia sostenia!
Morir entonces,
que tranquila muerte!
¿Mas ahora, ya que espero,
pues que mi sangre misma me persigue?
Si abandonado muero
(¿quien la rueda del mal tornar consigue?)
de amigos, de parientes, de mi. . . .Amor,
desesperado huir en mi dolor!

X.

IMITACION DEL P. GONZALEZ.

Pulsaba Laura hermosa
cierta noche las teclas de su Piano,

cuando en su blanca mano,
digna emula del lirio y de la rosa,
que con varia espresion tierna y vehemente
modulaba á Beethóven dulcemente,
envidioso se atreve
á clavar su aguijon un mosco aleve.
La niña sorprendida
hace de horror un leve movimiento,
que suspendió el acento
de la sonata alegre y divertida;
mas luego de aquel susto recobrada,
y tan solo indignada
con el vicho que su gusto contradice,
asi al insecto en su dolor maldice.
„Incomodo vecino,
huesped fatal, que el sueño lisongero
espantar sabes fiero
con tus piquetes y silvido fino,
pues que tú mi contento interrumpiste,
y sin piedad mi pobre mano heriste,
vuela, maldito, vuela
á abrasarte en las llamas de esa vela."
No bien la luz atiza
cuando ve caer al mosco malhadado
que tanto la ha enojado,
convertido en pabezas y ceniza:
„Justo castigo, esclama,
igual dará mi abrasadora llama,
á aquel que á mi recato se atreviere,
y á Laura, como debe, no venere."

XI.

EN EL MISMO METRO.

Cuando lejos de tí, mi pecho amante
¡Oh Lisi fementida!
en llanto amargo, la penosa vida
llevaba vacilante;
cuando en la oscura noche sus enojos
no templaban las luces de tus ojos,
no era mi triste suerte
tan infeliz, como al volver á verte.
A lo menos la ausencia
de mi agradable error no me sacaba;
tambien me consolaba
cuando decia· tu presencia ¡ay Lisi!
que va á calmar mis penas, mis tormentos,
cuan sabrosos mon entos
me promete, y mil gustos á tu lado:
y entonces no me crei tan desgraciado.
Porque mi cruel memoria,
que olvidar tus finezas no ha podido,
ni el cari o fingido
con que me coronaste, infiel, de gloria,
cuando tu tierno amor me consagrabas,
y á mis brazos volabas,
como vuela al iman el leve acero
me ofrecia un placer mas duradero.
Volviste, si, volviste,
mas tan otra volviste y tan mudada,

que si antes fuego fuiste,
con la nieve solo comparada
ser puedes, inconstante.
Y ¿que se hizo tu fe, la fe de amante
que juradome habias?
¿A dó se fué el amor que me tenias?
¿Pudo la ausencia tanto
hasta romper los lazos, lazos de oro
que á tí me unian? ¿Puedes sin desdoro
abandonarme? ¿Ni mi triste llanto
ablandará tu pecho?
Mas no, por que no me ames, mi despecho
llegará nunca al grado de olvidarte,
que Delio á tu pesar siempre ha de amarte.

XII.

JOCO-SERIA A UN AMIGO.

Era del mayo en la floresta aména
una alegre mañana en que las rosas
sus perfumes á el alba tributaban.
La atmosfera serena
mil pintadas sensibles mariposas
que en torno revolaban
de sus lindos consortes
agitan con los rápidos resortes
de sus doradas álas, en que el viento
susurra con un dulce movimiento.
Cual virgen inocente de quince años,
que adormida por sueños lisongeros

hijos de la salud y de la infancia,
de amor los crueles daños
ignora, y libre de sus lazos fieros,
á la porfiada instancia
de sus amigas, placida despierta,
salta, corre y la puerta
abriendo, con un rayo de sus ojos
auyenta la tristeza y los enojos.
Tan alegre, tan fresca y placentera
Naturaleza entonces despertaba,
los zéfiros festivos la saludan
y la cohorte parlera
de las aves con trinos la adulaba:
los brutos á admirarla se remudan.
Estaba, pues, de gorja; ¿y que no haria
asi la madre del luciente dia?
Su obra mas soberana,
la Citéres, la Heloisa Michoacana.
Oid su creacion. Pero insensibles
¿de la divina amante de Abelardo
la imagen visteis en medalla ó busto?
Los pechos que se precian de inflecsibles,
los que en la llama no arden, en que yo ardo,
los que afectan tener un fino gusto
vengan, vengan conmigo y retratada
verán en mi adorada
tan sublime muger: en sus facciones
tropiezan los mas duros corazones.
No en alta clase y elevada esfera
amor siempre se abriga: el pueblo bajo

tambien sabe sentir su ardiente llama.
Una princesa fiera
no escogió por heroina, que un trabajo
tan improvo Naturaleza no ama:
en una aldeana fresca, cual violeta
tomó, mas no discreta
la robusta salud, el colorido,
la norma en fin del idolo querido.
Mas tambien el alma imbecil y grosera
talento obtuso, obtuso el sentimiento
á la ninfa dejó por travesura.
En vano alli se espera
hallar un lenitivo al cruel tormento
que causa su hermosura,
y aquel que mas se muestra apasionado
de sus gracias, se mira desdeñado
con un *estése* frio,
con un rotobo, un gesto, un desvario.
¡No es dolor ¡ó cielo! al ver las luces
de sus dos negros ojos celestiales
la estraña rapidez de sus ojeadas?
¿No es lástima, ó pañuelo, que trasluces
á los ojos sensuales
en su seno dos rosas nacaradas?
¿No es compasion mirar su gentil talle,
admirar el detalle
de sus gracias y formas juveniles,
y ofuscar todo sus modales viles?
Mas tu, amigo, de bronce ó marmol duro
debes estar sin duda fabricado,

que un tan rico tesoro desconoces.
En verdad te aseguro,
que si al servirme á mi me hubiera enviado
la mirada que á ti, ¡ó Dios! mis voces
ufanas la eligieran
por soberana, y admiradas vieran
las gentes nobles (necias yo las llamo)
á los pies de una esclava, esclavo el amo.
¿No vistes en la boveda estrellada
centella pasagera
tras sí dejar un surco luminoso?
La impávida mirada
que ácia el cielo altanera
lanza Ignacia con aire desdeñoso
y aterra á las Deidades
así dejará impresa en las edades
del mundo en todo corazon sensible
la fuerza de un mirar irresistible.
Pero al formar mi musa su retrato,
al describir sus dones y belleza
no sale de los ojos!....
¿Que mas ha de pintar? ¿su tosco trato?
Dame, ¡ó naturaleza!
De un Quevedo la sal ó los arrojos,
y entonces de la aldeana dulce mia
con mas grata armonia
pintarán las cadencias de mi canto
otras gracias....callemos entretanto.

XIII.

VENGANZA FRUSTRADA.

Si yo cual Jupiter omnipotente
vibrar pudiera sulfurosos rayos,
¡oh que horridos ensayos
de mi furor hiciera!....Incontinente,
como á gigantes viles y Titanes
aquel tremendo Dios en sus enojos
dentro el ferviente Avérno confinara
sin dejar á sus manes
un lugar de reposo....con mis ojos
que el despecho inflamara
á un moderno Typhon que me ha insultado
hubiera en los abismos sepultado.
A no mirar al punto
la sonrosada, la apacible cara
de mi Diosa! El conjunto
de sus virtudes y modestia rara,
calmaron la tormenta
del lastimado corazon, y la ira
ya no, no la alimenta
sino el soplo de un pecho que suspira
la frustrada venganza.
¡Ah, vengame tu á mí, dulce Palmira,
tu que en mi seno obraste tal mudanza!

XIV.

CARTA PRIMERA.

A DORILA EN LA AUSENCIA.

Versos desgraciados mios,
en las alas del deseo
volad, y á Dorila ausente
decid que por verla muero.
Decidla, sí, que recuerde
aquel instante primero,
en que cual osado Franklin
arranqué un rayo á su cielo.
Decidla que haga memoria
de la tarde y valle ameno,
en que amor con mirto y rosa
entrelazó nuestros cuellos.
Decidla al fin....Pero, pluma,
¡hay en el alma secretos
que no es dado al papel fiarlos
ni de revelarlos tiempo!
Yo oí de sus labios un te amo,
yo miré á mi rival fiero
del corazon que usurpaba
devolverme humilde el cetro.
Yo suavemente oprimido
por su palpitante seno,
sentí de amor los latidos
al darme el adios postrero.

¡Tierno adios....parece escucho
todavia el flebil eco!
¿Como es que á un tiempo me encantas
y redoblas mis tormentos!
„*Tuya soy*, al despedirte
decias, *mi amor eterno*,
la ausencia ni la distancia
no en mi influyen, no, ni el tiempo."
„Como en un arbol frondoso
grabado está el juramento
que hicimos de amarnos siempre,
asi lo está en mi fiel pecho."
¿Te acuerdas que asi endulzabas
aquel amargo momento
que nos separó, Dorila?
¡Y ahora quiza en brazo ageno!....
¡Ah, perdona mis sospechas:
quien vive ausente ira, zelos,
muerte, dudas, desconfianza
sufre, y mil males funestos.
Vuelve pues, amada mia,
torna á mi abrasado seno,
donde en placidas caricias
pruebes los frutos de mi fiel afecto.

XV.

SEGUNDA CARTA EROTICA,

A D. D. B.

Triste, lobrega noche,
tu horror me comunica,
y pintaré en la ausencia
al vivo retratada la alma mia.
Procelosos nublados
de Jove el rayo vibran,
y en tanto el mortal tiembla,
impávido yo pienso en tí, *Dorila*,
Si el bosque se estremece:
si el fiero Aquilon silva:
y el monte torna su eco....
yo oigo solo tu á *Dios* de despedida.
Si en torrentes la lluvia
su curso precipita,
de los cargados ojos
dos fuentes tambien bañan mis mejillas.
Si en la alta torre el buho,
con ansias repetidas,
por su consorte clama....
¡como mi ronca voz su canto imita!
Si el lobo mientras roba
al pastor su ovejita,
¡ah! yo tiemblo, creyendo
que otro devora la cordera mia.

Parece al fin que escribo
sobre la loza fria
de un sepulcro y que grabo:
Aqui yace mi amor, mi fiel Dorila.
Tales son los horrores
que mi alma pobre agitan:
si dura mas tu ausencia
alli encontrarás antes mis cenizas.

XVI.

TERCERA CARTA EROTICA,

A D. D. B.

Tres veces te pintó, cruel, de la ausencia,
tres veces el horror mi negra pluma,
y otras tantas las penas que me acaban
escuchas dura!
Ni un rasgo, ni una letra te meresco:
acaso ya las mias te importunan:
acaso las miradas de otro amante
tus ojos buscan!
¿Desconoces, Dorila, á quien te escribe?
¿Amor en esos brazos y fortuna,
no me juraron ¡ay! unico dueño
de tu alma pura?
¡Asi al verano sigue el fiero estío:
al cielo claro, tempestuosa lluvia,
y la rueda del tiempo inecsorable
todo lo muda!

¿Y por que no me opuse á tu partida?
¿era forzoso á la *fatal ternura*
sacrificar el bien que ya poseia?
¡pasion injusta!
Acabo si de ver que á tus amigas
sin desmentir lo *amable y fiel* saludas;
mas á mi ni un suspiro me dispensas.
memoria alguna!
Queda con Dios en paz, Dorila ingrata,
domina ahi, gala haz de tu hermosura;
que yo buscaré en paises mas felices
descanso en la tranqaila sepultura.

XVII.

LA PASCUAREÑA.

A D.ª J. S. y V.

INTRODUCCION.

En un rincon oscuro
dejar abandonada
mi lira pretendia
al huir la patria cara;
Mas para que las cuerdas,
que mi mano pulsaba
complacer en un tiempo,
no quedasen intactas,

quise subir su temple
con fuerza estraordinaria
por el dorico modo,
que á las deidades canta.
Escuchad, ó mortales,
las justas alabanzas
de la adorable Pepa,
y ofreced vuestro incienso ante sus aras.

Quadrijugis invectus equis, Sol aureus exit
cui septem variis circumdant vestibus Horae
Lucifer antevolat. Rapidæ fugite tampades Solis
Aurora umbrarum victrix ne victa recedas.

Con sus rosados dedos del Oriente
abre las puertas la risueña aurora:
las pavorosas sombras á Occidente
auyenta su lucida precursora,
y los astros en languidos desmayos
van perdiendo los brillos de sus rayos.
Aparece el planeta magestuoso,
sonrie al descubrirlo la pradera,
alégrase la selva, el bosque umbroso,
revistese de galas primavera,
tambien las avecillas á porfia
celebran el nacer del claro dia.
Cuan brillante es, ¡oh Sol! tu primer paso,
que suaves son entonces tus ardores,
mas ¡ay! que por las cumbres del Ocaso
asoma un nuevo Sol, cuyos fulgores